

Editorial

Al día siguiente...

Vivimos de hito en hito. Estamos ante nuevas elecciones que suponen la legitimación de los poderes y la convivencia democrática. A pesar de lo que esto significa priva un ambiente «suave» donde las anécdotas pintorescas y dramáticas llenan nuestro tiempo y creatividad. La anécdota nos pinta la realidad jocosa, descalificando cualquier intento de analizar los problemas gruesos que abundan. Todo se justifica bajo el supuesto del criollo derecho al pataleo. El anecdotario se convierte en una especie de hipnosis: idolatrar o blasfemar al ídolo, sin vivir la propia existencia., y entonces ¿cabe preguntarse qué subyace bajo el anecdotario criollo: comodidad, resentimiento, indiferencia o miedo?

No vemos conducción política

Reconocemos que está en marcha una manera de conducir al país bajo el mando de un cuerpo no deliberante, jerárquico y disciplinado. Mandar no es sinónimo de Gobernar.

Gobernar tiene mucho de arte y de ciencia. Gobernar supone la existencia de distintas fuerzas, pesos y contrapesos de personas, estructuras, instituciones con diferentes dinámicas sociales e históricas. Gobernar es percibir la existencia de muchos actores sociales que tienen que seguir siendo actores, no en competencia con el gobernante, pero sí en necesaria convergencia e inserción en la conducción del acontecer nacional.

El poder ejecutivo no es el único actor social, su rol es precisamente hacer valer las fuerzas de la sociedad y armonizarlas en un conjunto.

¿Cuál es el trasfondo de todo esto? Existen sin duda atavismos que personalizan lo público, y una larga tradición que identifica el poder con quien lo detenta. Es la visión del gran

compadre a quien se le consulta y del cual se espera soluciones a las variopintas realidades. Sin embargo, desde los años veinte hay una tendencia hacia la institucionalización, la cual con altas y bajas, ha tenido cierta continuidad no sólo en la estructuración del Estado, sino en la sociedad civil. Gran parte de nuestro cuerpo jurídico tiene sus raíces en la conformación embrionaria del Estado en las primeras décadas. Poco a poco han surgido instituciones para responder a lo político, comercial, mercantil, judicial, asistencial, fundacional, científico y canales de diálogo entre los diferentes actores. Esto fue un avance significativo en el manejo de la complejidad de la vida en sociedad. La personalización del poder que deja afuera a la gran mayoría, comenzó a reconocer como espacio ineludible para el bien común y la modernización de la Venezuela que dejaba de ser rural.

¿Por qué es necesario enrumbar la conducción política?

Admitamos la complejidad. Las instituciones tienen que ser complejas, porque desde lo más individual y personal, también somos complejos. Pensemos en lo que significa reconocer, aceptar y armonizar nuestro pluriculturalismo, diferencias y variedades regionales que están tomando conciencia social.

Reconocer y hacer justicia a esta diversidad exige de la función de gobierno decisiones, que si bien se apoyan en el parecer y sentir mayoritario, no pueden obviar a las minorías. Gobernar implica establecer reglas de juego claras, consensuadas y gerenciales por medio de las cuales tanto las instituciones estatales, como la sociedad civil den el máximo de sí en un marco público, donde aún en medio de tensiones todos pueden converger.

Esto nos plantea que todo gobernante si bien tiene una clara conciencia de su propio rol de conductor, también debe reconocer el papel y la función de los demás en la conducción colectiva. El gobernante al desempeñar su oficio tiene que dejar que los demás también hagan el suyo, sin

entender la política como el arte y el ámbito de la permanente rivalidad o del protagonismo personal.

El predominio del anecdotario criollo en nuestra vida diaria, demuestra el vacío de conducción política, el desdibujamiento de la función presidencial y de la jefatura de Estado, tal como acaban de ser reseñadas.

Reconstruir el Estado es imperioso y no un simple recuento de anécdotas. Tenemos que lograr que cada institución cumpla con su propia especificidad, reconociendo que no hay institución alguna que pueda sustituir a todas las demás. De allí, por ejemplo, las Fuerzas Armadas Nacionales tienen la especificidad de la seguridad y defensa territorial y de la seguridad ciudadana. Esa responsabilidad es bien amplia y compleja. La realidad fronteriza no es sólo territorio, sino también, migraciones, narcotráfico, guerrilla, intercambio comercial, convivencia con otras naciones. Ello requiere el manejo de información especializada, entrenamiento diversificado del personal, tecnología, vínculo con las autoridades, organización y población local, seguimiento estratégico, lo cual ya de por sí demuestra que no es un pequeño desafío, más aún si consideramos la inmensidad y despoblamiento de nuestras fronteras. ¿Por qué convertirlas en organización política que sustituye a todas las demás?

Necesitamos democracia

Si algo rechazamos del pasado y nos lamentábamos era que las decisiones del Comité Ejecutivo Nacional de los partidos políticos sustituyeran o modificaran las decisiones del Consejo de Ministros. Tenemos que quitarnos los atavismos. Los partidos políticos no pueden desaparecer por el solo hecho de que en la mente colectiva exista la creencia de que no hacen lo que deben hacer. Esta creencia es tan profunda, que en la constitución para complacer peticiones, no se menciona una sola vez la palabra partidos políticos. Por el contrario, lo que requerimos son partidos modernos, porque la jefatura del Estado necesita tener interlocutores para recoger la diversidad del sentir colectivo. Tam-

poco es cuestionar la representatividad porque en el pasado fuera un coto cerrado. La representatividad debe dejar de ser un cheque en blanco, pero tiene que sustentarse en la capacidad de interlocutores responsables y particularidades, y nosotros, asumir el seguimiento de nuestros representantes.

La democracia no es una cosa estática, su transformación ha logrado la abolición de la esclavitud, la generación del derecho a la expresión mediante el voto, el derrumbe de discriminaciones; hoy vota todo el mundo. Cada día se incluyen más aspectos de la vida en la agenda pública, lo vemos en la discusión de los derechos humanos, de la violencia contra la mujer, los niños y adolescentes, y la democracia seguirá ampliándose. Es muy agradable el reconocimiento de las realidades de la vida, pero ello no es suficiente. La complejidad requiere instituciones que armonicen las particularidades. Por ejemplo, ante la creciente violencia e inseguridad, si hay reglas del juego claras, si las instituciones tienen sus propias responsabilidades, si las personas tenemos las vías posibles para hacernos oír y para lograr consensos en las reivindicaciones y producir nuevas soluciones, la violencia es un problema real que se limita y controla.

El autoritarismo no tiene nada que ver con la democracia. Por el contrario, la primera corrupción que combate la democracia es el secuestro del poder, para hacer con el lo que parece adecuado, por encima de la voluntad de los ciudadanos. ¿Qué sucede si después de haber destituido alcaldes y gobernadores que fueron electos por voluntad popular, bajo la sospecha de indicios de malversación, no resultara comprobable? ¿A quién le responde un congresillo surgido en subrepticias circunstancias?. Tanto el autoritarismo, como el mesianismo indican ausencia de razonamiento político, desconocimiento de las funciones, gestión y cultura participativa en el sistema social. Es no darnos cuenta que quienes diseñan las leyes, asumen las funciones de Estado, son elegidos como autoridades por nosotros mismos.

El retirarse a la vida privada, el encontrarnos en nuestro propio mundo, o el dejar hacer para después, sencillamente descalificar, ha sido algo muy común en las últimas décadas. Sin embargo, hoy más que nunca estamos conscientes que lo político nos atañe a todos y aunque no queramos sus decisiones nos impactan por igual. Ni éticamente, ni políticamente, ni por sobrevivencia, podemos ser indiferentes y aislarnos en una burbuja de cristal. El cristal se puede romper, y es transparente, aunque aislados seguimos siendo parte de la realidad.

La democracia es actividad política. Renunciamos a ser partícipes de ella cuando simplemente nos desentendemos del gobierno, porque no nos gusta o porque es ventajista. Y renunciamos también a ella, cuando dejamos que el poder se personalice, y el cinismo o las medias verdades permitan la justificación de todo. La acción nos debe llevar a ser capaces de intervenir para apoyar lo que nos parece bien, para limitar y frenar lo que nos parece mal, a través de instituciones democráticas. Las leyes, las normas deben estar en pie, para no permitir todos los desaguizados que nos gustaría hacer. Por ello debiéramos entender que ser políticamente activos es darle siempre sentido y vigencia a nuestros valores y nuestras metas.

Si no asumimos la dimensión pública no tenemos derecho a reclamar que otros se lleven el país por derroteros desconocidos. Aunque tenga el costo de la paz doméstica y de la seguridad, aunque tengamos que aprender a asumir posiciones incómodas, el riesgo hay que correrlo.

Seguir viendo los toros desde la barrera, contar y recontar anécdotas, es un camino que además de suicida, es deshumanizador.